

SALVADOR TORRES GONZÁLEZ, “MÁRTIR” DE LA LIBERTAD DE CÁTEDRA

*Salvador Torres González,
“martyr” of academic freedom*

*Fernando M. González*¹

Recibido: 14/10/2021

Aceptado: 28/03/2022

Resumen: Este escrito trata sobre una especie de mártir “extemporáneo” que sirve de marco para conjuntar el momento liminar en el que una época se cerró y otra se abrió. Me refiero a la Cristiada y su lucha armada, así como a la disputa educativa que comenzó a configurarse como nuevo campo de batalla durante los años treinta del siglo pasado en Jalisco. Trataré de ilustrar este asunto a partir del caso de Salvador Torres González, considerado un mártir de la libertad de cátedra por los miembros de la Universidad Autónoma de Guadalajara (UAG) —incluida su sociedad secreta, los tecos—, lo que permitirá articular dichos periodos. El calificativo de extemporáneo alude a que Torres González, según sus deseos, intentó morir durante la lucha cristera, pero murió cuando no se lo esperaba.

Palabras clave: martirio; libertad de cátedra; educación socialista; mito fundacional de la UAG; 3 de marzo de 1935.

Abstract: This paper is about a kind of “extemporaneous” martyr that serves as a framework to bring together the preliminary moment in which one era closed and another opened.

¹ Instituto de Investigaciones Sociales. Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico: fmgg3@prodigy.net.mx

I am referring to the cristiada and its armed struggle, as well as to the educational dispute that began to take shape as a new battlefield in Jalisco, during the thirties of the last century. I will try to illustrate this matter based on the case of Salvador Torres González, considered a martyr for academic freedom by the members of the Autonomous University of Guadalajara (UAG) —including his secret society, the tecos—, which will allow these periods to be articulated. The description of extemporaneous alludes to the fact that Torres González, according to his wishes, tried to die during the Cristero struggle, but died when he did not expect it.

INTRODUCCIÓN

El 3 de marzo de 1935, en pleno contexto de la denominada “educación socialista”,² un grupo de católicos protestaba frente a la catedral de Guadalajara para reclamar la libertad de cátedra. De acuerdo con algunos testigos, tres personas fueron asesinadas ese día por diferentes razones. Salvador Torres González, de 33 años, fue una de las víctimas. Su muerte condensa los símbolos de un periodo que abarca al menos tres décadas, de 1910 a 1940. A partir de su vida podemos hacernos una idea de lo que significó lo más denso y coherente de un tipo de cultura católica que va desde la caída del porfiriato, pasa por la Revolución, los inicios de la institucionalización de dicha Revolución, hasta la guerra cristera y la inmediata poscristiada en Jalisco.

En esta última fase, la entrega de las armas por parte de los cristeros desplazó la guerra del campo de batalla al campo

² Más adelante citaré el conflicto alrededor de la educación socialista mediante una síntesis de la polémica entre Antonio Caso y Vicente Lombardo Toldano. Conflicto exacerbado en Jalisco por la visita del expresidente Plutarco Elías Calles y su denominado “grito” de Guadalajara, ocurrido en julio de 1934.

cívico y político y,³ en buena medida, también al de la educación, donde el “alma o la conciencia de los niños” se convirtió en un objeto de controversia. Como veremos en este texto, la polémica no se redujo a los infantes, ya que avanzó hacia la pugna acerca de la libertad de cátedra en la universidad, tanto en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) como en la Universidad de Guadalajara.⁴ Dos instituciones —el Estado y la Iglesia católica— se disputaban en ambos frentes a los jóvenes ciudadanos. Sin embargo, en esta dicotomía, aparentemente tan consistente, no todo fue homogéneo. Por ejemplo, con respecto a la defensa de la libertad de cátedra, no solo fueron los católicos quienes se sublevaron, sino también individuos con posiciones liberales.

El caso del católico tapatío Salvador Torres González se inscribe en el tema de este escrito por su pertenencia, en 1918, a la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM), fundada por el jesuita belga Bernardo Bergöend en 1913, pasando por la Congregación Mariana de los jesuitas del templo de San Felipe Neri, a al menos dos intentos de militar durante el conflicto bélico del lado de los cristeros mientras realizaba sus estudios de abogacía en la Universidad de Guadalajara y la UNAM y, finalmente, como militante del movimiento por la libertad de cátedra.

La pasión de muchos jóvenes católicos por la muerte heroica, que implicaba morir como mártires por su Iglesia, invistió —al parecer de manera total— a este muchacho: ardía en deseos, como el jesuita Miguel Agustín Pro, por coronar su vida de esa

³ Con cierto remanente minoritario, ya que hubo un intento de retomar la lucha armada en 1934-1935, que se denominó la “segunda”—por uno de los cristeros de la “primera”, Lauro Rocha—, pero ya sin el apoyo implícito del episcopado —incluso con su claro rechazo— ni de la mayoría de los católicos.

⁴ La educación sexual y la libertad de cátedra contra la educación “socialista” de pronto tendieron a articularse como un mismo proyecto para el lado católico.

manera.⁵ Ambos lo lograron. El caso de Salvador se puede considerar como un “martirio diferido”. Me explico: dos veces intentó tomar las armas durante la cristiada y las dos ocasiones fue atado por su padre y terminó plegándose a la obediencia parental.

El ser considerado como mártir por los directivos de la UAG implicó una resignificación contextual en la medida que el campo de batalla, como adelanté, se había desplazado al campo cívico y político. Uno de los lugares privilegiados del enfrentamiento fue el campo educativo y, en el caso que me ocupa, la lucha por la denominada “libertad de cátedra”, que no necesariamente implicaría la apertura a diferentes perspectivas, como haría sospechar el plantear tal exigencia, sino que venía con censura incluida para aquellos enfoques que pudieran atentar contra la doctrina de la Iglesia católica.

⁵ Hablar de martirio en la época que me ocupa es desplegar diferentes acepciones de lo que este significa, según nos coloquemos desde el punto de vista más ortodoxo, o en el momento de la guerra cristera, o muchos años después, cuando iniciaron formalmente las causas de beatificación de esa época. Si solo lo definimos desde la “ortodoxia”, se puede decir que mártir es aquel que muere por odio a su fe por parte de sus asesinos. Sin embargo, en los años veinte y más aún en el contexto de la Cristiada, significaba morir por la causa de Dios y de la Patria, como rezaba el lema de la ACJM. En esos tiempos era parte de una reivindicación articular ambas referencias para el lado católico, aunque ciertamente no estaban a la par, como se podrá ver en el texto del obispo Luis María Martínez que alude a los sucesos sangrientos ocurridos en Morelia en 1921. Pero una vez iniciadas las causas de beatificación, en los años ochenta, la percepción cambia hasta cierto punto, porque entonces se buscará deslindar a los considerados mártires de la guerra cristera de la lucha fratricida, aunque hayan apoyado a uno de los bandos en guerra o participado de diferentes maneras en el conflicto armado. A este deslinde lo denominé como “limpieza de pólvora”, a lo que se añade que en el momento de su beatificación serán denominados como “agentes de paz”. Es decir, como si hubieran ocupado la posición de un tercer actor libre de cualquier implicación. Hablar de mártires oficiosos quiere decir que en el panteón paralelo de los que participaron en la cristiada existen aquellos que, sin ser reconocidos oficialmente por su Iglesia, son exaltados por sus compañeros de lucha. Hay otra categoría que apunta hacia un oxímoron y que se planteó José de León Toral después de asesinar al general Álvaro Obregón: “¿Cómo se puede ser mártir siendo asesino?”.

Los documentos en los que me basaré fueron escritos por dos hermanas de Torres González y por uno de sus compañeros de la ACJM —cristero y posteriormente jesuita—, Heriberto Navarrete. En ellos podemos observar cómo el universo simbólico del martirio que envolvió la época cristera continuó y resignificó, en parte, cuando Salvador Torres terminó su vida en el portal situado a un costado de la plazuela frente a la catedral de Guadalajara en marzo de 1935. Es por ello por lo que la califico de una muerte diferida, que estaba “programada” por la “providencia”, según la creencia de algunos miembros de su familia, para cumplirse en plena contienda armada. Pero, además, murió sin tener que matar, es decir, logró, como Miguel Pro, conformarse a la imagen de los que dan su sangre sin tener que derramar antes la del prójimo directamente. En el caso del jesuita Pro, quien felicitó a sus dos hermanos —Humberto y Roberto— por enviar armas y parque a los cristeros, y en el de Salvador, quien estuvo dispuesto a matar y morir en la guerra sin ejercerlo como hubiera querido, pues se sabe que por lo menos una vez llevó armamento a los alzados, se puede decir que ambos contribuyeron de manera indirecta a que otros mataran por ellos.

El texto abarcará cuatro partes. La primera describirá el periodo precristero; la segunda, el cristero; la tercera, versará sobre lo que se sabe acerca de sus años como profesor en la poscrisiada y de su militancia en el movimiento por la libertad de cátedra y, finalmente, la cuarta aludirá a la imagen simbólica de su “martirio”, articulada a la narrativa fundacional de la Universidad Autónoma de Guadalajara (UAG), que lo incluyó entre los considerados como los “mártires de la libertad de cátedra”.

LOS TIEMPOS DE LA FORMACIÓN

Salvador Torres nació en Guadalajara el 31 de mayo de 1908. Fue hijo del licenciado Daniel Torres Loreto e Isaura González

Ramírez. Su hermana Refugio (Cuca) hizo una semblanza a petición de otra hermana, Dolores (Lola), religiosa de las madres reparadoras. En ella cuenta que fue bautizado el 11 de junio y que, por ser el primogénito, sus padres quisieron ponerle Salvador en referencia a uno de los “nombres de Cristo Nuestro Señor”. El inicio de la “vida ejemplar” comienza así. Es significativo saber que sus padrinos fueron los abuelos maternos, Joaquín González y Bruna Ramírez. ¿Y por qué lo es? se preguntará el lector. Porque resulta que un tío de Salvador, hermano de su madre Isaura, José Candelario González Ramírez, fue la única persona que logró salir con vida del intento de asesinato fallido a Álvaro Obregón del 13 de noviembre de 1927. Dicho tío nació en Hostotipaquillo, Jalisco, en 1904, población en la cual su madre había heredado minas de ópalo y,⁶ al igual que su sobrino Salvador, quedó prendado del llamado maestro Anacleto González Flores después de escuchar uno de sus discursos.

De Salvador se sabe por su hermana Cuca que hizo su primera comunión el 12 de diciembre de 1915 en la iglesia de San Felipe Neri, a cargo de los jesuitas; que estudió la primaria en el colegio de don Joaquín y Paz Camacho y que, desde los 14 años, comenzó a frecuentar el Círculo de Ensayos Oratorios de la ACJM (1924), dirigido por Anacleto González Flores, del cual salieron jóvenes que en 1927 se integraron a la lucha armada. Afirma Cuca que Salvador “asistió a la preparatoria oficial del Estado con aprobación del Sr. Arzobispo, puesto que se había reservado el Prelado ese permiso, haciendo cuenta del

⁶ Este dato se lo debo a la hija de José Francisco Torres González (Paco), hermano de Salvador, Teresa del Consuelo Torres Núñez; añadió, según le “contaron”, que cuando su tío José Candelario volvió del atentado, “se escondió”. Teresa del Consuelo tenía otro tío llamado José, de ahí la distinción entre el apodo a su padre como Paco. Teresa del Consuelo Núñez, entrevista realizada por Fernando M. González el 7 de marzo del 2019 en Guadalajara, Jalisco, México.

ambiente que reinaba en los planteles oficiales”.⁷ Con este último comentario se refiere al hecho de que existía una situación conflictiva entre jóvenes militantes de la “no creencia” o ateos y católicos,⁸ que obligaron a Salvador a dar testimonio de su fe con argumentos; aunque también había profesores no necesariamente incrédulos, pero con ideas positivistas. En ese lugar, nos dice Cuca, fue conocido con el “remoquete” de “mocho”. Estaba perfectamente clasificado entre los “beatos”.⁹ En 1924 ingresó a la Facultad de Jurisprudencia; añade la citada que en esos años no existía en dicho plantel el “ambiente izquierdista que le mereció a la Universidad el título de Universidad Socialista, unos cuantos años después”.¹⁰ Además, asistió a las clases de la Escuela Libre de Derecho.

Los documentos que la hija de José Torres —hermano de Salvador—, Teresa del Consuelo Torres Núñez, me dio para investigar la vida de su tío y que antes describí someramente abarcan un escrito de su hermana Lola, otro de la hermana Cuca y uno más del jesuita Heriberto Navarrete, quien lo conoció directamente, pues juntos tuvieron andanzas en pleno conflicto armado, así como cartas de algunas personas que lo conocieron. En ninguno pude detectar la más mínima alusión a una posible relación con el citado tío complotista.¹¹ A diferencia de su sobrino, el tío aspiró, más que a ofrecer su sangre, a

⁷ “Carta de Cuca Torres González a su hermana Lola, religiosa con las madres reparadoras”, s/e, s/f, 1. Probablemente escrita en la década de los cincuenta.

⁸ Dice Umberto Eco que “una cosa es no creer en dios y otra es tener que probar que no existe”. Para el italiano, este aspecto diferencia al agnóstico del ateo.

⁹ “Carta de Cuca Torres González a su hermana Lola”, 2-3.

¹⁰ *Ibíd.*, 3.

¹¹ Con ello no quiero decir que no existiera. Acerca del citado tío y de su intento fallido de asesinar a Obregón, está en prensa un texto de quien esto escribe en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (IISUNAM).

derramar la de Obregón.¹² Con ello se comprueba que siempre se da más de una posibilidad para actuar a pesar de venir de la misma raíz cultural.

Heriberto Navarrete (Eztatlán, Jalisco, 1903), quien trató a ambos, es uno de los hilos conductores que nos permitirán entender un poco más a estos familiares. Navarrete hizo un escrito de presentación del tío complotista en 1964, en el cual, el segundo despliega su versión del intento fallido de asesinato que sirve, además, para tratar de exculpar al sacerdote Miguel Pro de haber participado en este.¹³ Me imagino que con ello pretendía ayudar al proceso de la posible beatificación del jesuita. Por otra parte, Navarrete sabía que José Candelario González había pertenecido a la sociedad secreta de la U (Unión de Católicos Mexicanos), y dentro de ella a la denominada Suástica —proguerra y acción directa—, pero jamás lo menciona. Por cierto, tampoco José Candelario lo hace, aunque no oculta su relación con Luis Segura Vilchis, el líder que preparó el asesinato fallido. Se trata de un tipo de escrito rigurosamente vigilado y expurgado.

Como adelanté, tampoco Navarrete se permite aludir al parentesco entre ambos familiares en ninguno de los dos textos citados. Navarrete no solo pertenecía a la ACJM, sino que también, antes de lanzarse a la montaña, fungía como secretario de la Unión Popular (UP), asociación de corte gandhiano fundada por González Flores en los inicios de 1925. Cuando lo entrevisté

¹² O cuando menos, a diferencia del asesino efectivo del general Obregón, José de León Toral, quien fue el perfecto ejemplo de lo que Albert Camus denomina como el “asesino delicado”, es decir, aquel que al decidirse a matar a otro sabe que morirá también y, entonces, vuelve a las muertes “equivalentes”, José C. González, si bien calculaba que podía morir, estaba dispuesto a escaparse si la oportunidad se le presentaba. Y se le presentó.

¹³ El texto inserto en el de 1964 es previo, con fecha de 1956. Este documento me lo proporcionó Juan Carlos Núñez Bustillos el cual lo encontró en la biblioteca de su padre Carlos Núñez Hurtado. “El general Obregón sentenciado a muerte. Relato histórico por José C. González y comentarios de Heriberto Navarrete, S. J.”, s/e, 1956.

a finales de 1987, en la residencia jesuita de la colonia Seattle en Zapopan, y le pregunté si sabía que Anacleto era de la U, me afirmó que no lo supo en ese tiempo. Su respuesta me resulta casi inverosímil, pero lo dejo asentado.

En las pertenencias fluidas que atravesaban a algunos individuos en ese tiempo, Anacleto fue un ejemplo paradigmático, ya que en el lapso de aproximadamente diez años perteneció al menos a cuatro organizaciones con lógicas diferentes: la ACJM, la U, la Unión Popular (UP) y, finalmente, aceptó seguir los dictados de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa (la Liga o LNDLR), cuando esta organización decidió lanzarse a las armas a finales de noviembre de 1926, contra el sentir de su arzobispo, Francisco Orozco y Jiménez. En resumen, tanto González Flores como Navarrete "articulan" a tío y sobrino. El primero, al parecer, hablaba estupendo de Salvador y lo veía como un gran adepto de la militancia católica y de los cursos de oratoria. El segundo lo veía como posible compañero para la lucha armada.

De Salvador, hasta donde dan los datos del pequeño archivo del que dispongo, no hay elementos para pensar que fue invitado a la U, pero sí parece verosímil que llegara a militar en la UP. Tres ejemplos podrían corroborarlo: 1) la vez que acompañó a Navarrete en cierta operación hacen sospechar de esa posibilidad; 2) la citada Cuca afirma que presumiblemente ya en 1926 acompañó a su amigo Luis Padilla a una gira de propaganda de la UP: "a su regreso Luis platicaba del éxito que obtuvieron en todas partes".¹⁴ Esta pertenencia a la UP la refuerza Lola cuando escribe 3) que Salvador trabajó incansablemente a favor del boicot que promovió el líder Anacleto contra la denominada ley Calles del 31 de julio de 1926.¹⁵

¹⁴ "Carta de Cuca Torres González a su hermana Lola", 3. Luis Padilla fue fusilado junto con Anacleto González Flores y dos de los hermanos Barba González el 1º de abril de 1927. Perteneció a la UP y a la U. En su casa guardaba parque para los cristeros.

¹⁵ "APUNTES SOBRE EL LIC. SALVADOR TORRES GONZÁLEZ. DE SU HERMANA LOLA", s/e, 1960, 23 pp.

EL PERIODO CRISTERO

Ya en el periodo de la guerra cristera tenemos algunas informaciones parciales, aunque significativas, respecto a los aludidos intentos de Salvador Torres por integrarse a la lucha armada. Veamos un ejemplo. Lola relata que una noche Salvador les pidió que “preparáramos su ropa porque tenía que salir”.¹⁶ Luego habló con su padre, el licenciado Daniel Torres, para informarle que tenía todo listo para irse a “trabajar por Dios y por su causa. [Porque...] dar la vida por Dios es un deber de todo católico”. Este último le respondió que en principio estaba de acuerdo, pero le hizo hincapié en que todavía no era mayor de edad y que además no tenía su “porvenir asegurado”. Aquí la noción de porvenir asegurado tiene al menos dos posibles sentidos: uno, el literal, primero asegura tu carrera y título profesional; dos, después puedes ir en busca del porvenir incierto, aquel de luchar por Dios y probablemente morir. Sin embargo, todavía queda una tercera interpretación: si mueres, tu porvenir profesional quedará trunco, pero será coronado por la cruz del martirio en el otro mundo, aunque el precio será muy caro; mas si no caes en la batalla, al menos conservarás el primero. Me imagino que el pensamiento más ferviente de ese atribulado padre era que mientras Salvador terminaba su carrera el conflicto armado también concluyera. De esa manera, el deseo de su hijo por dar la vida quedaba constatado, pero sin riesgo de perder la vida. Ante la posición paterna acerca del porvenir asegurado, Salvador —según el relato de Lola— supuestamente contestó lo siguiente:

Salvador (S): Todo lo he pensado y lo he consultado, Nuestro Señor me pide que trabaje por su causa.

Daniel (D): ¿Con quién lo consultaste?

¹⁶ Nótese la división de tareas que imperaba entonces: las mujeres le “preparan su ropa”.

S: Con el padre Fernández [Leobardo].

D: Llévame con él, soy tu padre y tú, un menor de edad. No me opondré a la voluntad de Dios. Pues antes que tus padres está Dios, pero también yo tengo el deber de prever el porvenir de mis hijos, si una vez que el R. P. Fernández¹⁷ conozca mis razones y aprueba tu plan, bajaré resignado la cabeza ante la voluntad santísima.¹⁸ Él nos ayudará. Tú bien sabes cómo nos hemos sacrificado por ti, cuántas veces te hemos visto al borde del sepulcro;¹⁹ nunca nos has dado un disgusto, ¿y ahora quieres resolver tú solo el problema de tu vida? Soy tu padre y por eso te hablo así.

[Lola añade el desenlace de la cita con el jesuita Leobardo Fernández] que Salvador trabajara en todo lo que pudiera en la ciudad, que continuara sus estudios y una vez recibido podría hacer todo lo que quisiera. [...] Lo veíamos taciturno, sufría, pero todo en silencio. [...] Había una lucha titánica entre la obediencia que le imponía sacrificar su ideal y sus convicciones religiosas. [...] ¿Tenía que resignarse a que otros alcanzaran el martirio, mientras que él se quedaba tranquilamente en su casa? Todo se revelaba en su interior, pero aceptó la voluntad de Dios. Doblaría años para terminar más pronto su carrera y así poder realizar su ideal con la bendición de sus padres.²⁰

En este relato, recreado por la hermana monja, se puede ver nítidamente el funcionamiento de la cultura católica de la época en relación con la cadena de obediencias y sumisiones necesarias para que el orden jerárquico se mantuviera incólume: el sacerdote, como intérprete legítimo y vocero de Dios, en esta ocasión zanjó las cosas a favor del padre de Salvador. Difícil que no lo hubiera hecho en esas circunstancias, aunque este

¹⁷ En ese momento fungía como rector del colegio jesuita de Guadalajara. Según afirma el ex general en jefe de los cristeros, Jesús Degollado Guizar, era miembro de la organización secreta de la U.

¹⁸ La voz del sacerdote era tomada como emanada directamente de la "voluntad santísima", ante la cual no quedaba más que "agachar la cabeza". La sumisión como una de las virtudes cardinales del cristianismo.

¹⁹ Salvador había sufrido en algún tiempo enfermedades serias.

²⁰ "Apuntes sobre el Lic. Salvador Torres González", 8-9.

jesuita estaba sin dudas posibles del lado de la rebelión armada, como lo estuvieron la mayoría de los miembros de la Compañía de Jesús de diferentes maneras. Digamos que la minoría de edad de Salvador libró al jesuita Leobardo Fernández de tener que enfrentar a don Daniel de otra manera. La obediencia a los padres se terminó por imponer, reforzada a veces por la otra relación que actúa como refuerzo de la primera: aquella de los padres espirituales sacralizados, los sacerdotes.

Su hermana Cuca ofrece una narración que en parte coincide con la anterior, pero que se diferencia por la fecha tan precisa que pone en juego y por las inmediatas consecuencias que tuvieron para el joven las acciones emprendidas por sus padres para alejarlo de los sucesos más inmediatos de la lucha armada. Afirma que el 1º de abril de 1927, ante los “cadáveres desfigurados de sus mejores amigos [Anacleto González Flores y Luis Padilla], Salvador comprendió que el precio de la victoria era la propia sangre [...] No hubo momento de duda”.²¹ Sin embargo, añade que dada su corta edad —19 años— sus padres le hicieron saber que “mientras no terminara sus estudios profesionales, no le permitirían entregarse de lleno a los trabajos de la defensa y mucho menos el abandonar las aulas para irse a la montaña”.²²

Después de esta plática, los padres decidieron enviar a Salvador a la Ciudad de México. Según el relato de Lola, este hecho ocurrió inmediatamente después de la muerte de Anacleto y Luis Padilla, esto es, el mismo viernes 1º de abril de 1927. Ese día comenzaron a catear las casas:

Esa misma noche, salieron para México mis papás con Salvador, los otros seis hijos nos quedamos con mis tías por parte de mi papá. Después supimos que la casa no fue cateada porque creyeron que

²¹ “Apuntes sobre el Lic. Salvador Torres González”, 3.

²² *Ibíd.*, 3-4.

estaba desocupada. ¡Providencia de nuestro Señor! Su hora no había llegado.²³

Los relatos acerca de la Providencia o que presuponen un plan de Dios se asemejan a los conformados por los complots en el sentido de que todo cuadra, pero en vez del perseguidor que maneja todos los hilos para dañar, esta vez la Providencia —que también maneja todos los hilos— protege hasta que deja de hacerlo para que se cumpla el destino de su elegido. Entonces, no se le guarda rencor, porque en su infinita sabiduría decidió permitir que su elegido fuera asesinado, lo que no es interpretado como un daño, sino que había llegado el tiempo justo para que este pasara a gozar de su reino. No hay fisuras. Este tipo de relato resulta más apaciguador que el persecutorio, aunque en ambos se supone la actuación de un actor invisible, en un caso demasiado terrenal y en el otro celestial. Con ambos, se pretende que la opacidad e incertidumbre de lo real histórico se logre atenuar de alguna manera, incluso, postulando las teorías del complot se busca resistirlos y, si es posible, revertirlos. En cambio, con los planes de Dios por lo general solo queda someterse a sus “secretos designios”.

Un segundo intento por parte de Salvador de tomar las armas lo narran tanto su hermana Lola como Heriberto Navarrete. En su relato introducen a otro jesuita, el padre Toribio Bracho, S. J. Con respecto a Bracho, citaré primero la versión de Lola, que la escuchó de Navarrete, porque me parece importante cómo fue recibida por la familia. Se trata de una escena ocurrida en la Ciudad de México hacia finales de agosto o inicios de septiembre de 1927, y que contradice el relato de las hermanas acerca de la perfecta obediencia que le había impuesto su padre en relación con la lucha armada:

²³ “Apuntes sobre el Lic. Salvador Torres González”, 9.

Un día, resolvieron él y Navarrete irse al campo, nunca supimos el plan que tenía; jamás habló de eso, pero el P. Navarrete [años más tarde] nos contó que resolvieron los dos ir a pelear al “cerro”, con los cristeros. El R. P. Toribio Bracho los acompañó hasta la estación y al despedirse les dijo: “De ustedes no quiero más que los puros huesos”. Y cuenta el P. Navarrete que al principio solo se atrevía a decirle: “Oíste, Salvador, los puros huesos”. Llegaron a Guadalajara. Navarrete se fue tranquilamente a su casa y Salvador se hospedó en una casa de asistencia.²⁴

En esta ocasión, al jesuita Toribio no le representó un problema —a diferencia de Leobardo Fernández— que Salvador, cinco años menor que Navarrete, no cumpliera la mayoría de edad (en esa época estaba establecida a los 21 años) y solo retornara en los huesos. Es decir, se trata de un homenaje a la muerte un poco más complicado que el martirio clásico porque el jesuita está justificando que puedan matar a quien es considerado como enemigo. Pero, además, de alguna manera está previendo una de las futuras acciones de los clérigos en la división clara y distinta entre laicos y consagrados: aquellas que implica que los primeros ponen el cuerpo, la pólvora y la sangre para defender a “su Iglesia”, mientras que los segundos decidirán a su tiempo a quiénes seleccionarán para iniciarles la causa de beatificación.

Ahora bien, en este segundo intento, Salvador terminó boicoteando su pasaje clandestino por su ciudad natal, ya que se le ocurrió escribirle una carta a su tío Francisco Loreto para informarle que se encontraba en la localidad y que quería verlo. En el relato no queda claro para qué, pero sí queda explícito que el tío se comunicó con sus padres y estos se las arreglaron para ubicarlo en el último cuarto de la casa de asistencia de las señoritas Morales, lugar de paso de cristeros, donde se encontraba de incógnito. ¿Lapsus? A saber. “Por lo pronto”—añade

²⁴ “Apuntes sobre el Lic. Salvador Torres González”, 10-11.

Lola— “su obligación fue otra vez obedecer y lo hace aunque chorree sangre su noble corazón”.²⁵

Como el relato de Lola —y no solo el de ella— se configura en futuro anterior, esto es, escrito años después de los hechos, se detecta una línea de continuidad en la que solo ve pruebas de la Providencia en los dos intentos frustrados que ayudaran a santificar al hermano antes de prepararle cuidadosamente el martirio final. A juzgar por lo ocurrido, se puede pensar que el supuesto mensaje de la Providencia no era tan claro como Salvador Torres creía percibirlo. En consecuencia, pasamos a otro recurso *prêt-à-porter* en estos casos, aquel denominado como “los misteriosos designios de Dios”. Un asunto queda más o menos claro: vivir envuelto por este tipo de representaciones elimina muchas incertidumbres en la vida.

Ahora pasemos al relato de primera mano, aquel del propio Heriberto Navarrete, que dota de contexto a este episodio. Cuenta el jesuita que, hacia finales de marzo de 1927, un amigo militante de León fue descubierto y tomado preso, lo que ocasionó que la policía detuviera a varios complotistas, entre los que se encontraba el propio Navarrete, quienes fueron llevados presos a las islas Marías. Cuando lo dejaron libre, en agosto, Navarrete regresó a la Ciudad de México y se puso en contacto de nuevo con varios estudiantes tapatíos que habían abandonado Guadalajara

Cuando la disyuntiva se planteó en forma inevitable; o lanzarse al monte como soldados o salir de Guadalajara faltos de una dirección competente escogieron el segundo camino. En ese grupo como de 15 jóvenes, todos ellos perteneciendo a aquel otro con que Anacleto había iniciado el movimiento rebelde en Jalisco,²⁶ estaba Salvador. Yo me incorporé al mismo grupo de inmediato.²⁷

²⁵ “Apuntes sobre el Lic. Salvador Torres González”, 10-11.

²⁶ Al parecer se refiere a la ACJM o a la UP.

²⁷ “El general Obregón sentenciado a muerte”, 9.

Añade el jesuita que, presumiblemente, a finales de agosto se presentó en la Ciudad de México un joven llamado Mauricio Baz Vieou con un recado del general Gorostieta, quien conminaba a todos los jóvenes de la ACJM a incorporarse a su ejército que en ese momento estaba en Zacatecas. Se reunieron con el mensajero a discutir la propuesta y señala que prevaleció la idea de que

La revolución cristera estaba ya marcada con el signo del fracaso. [...] se dijo que, para los intereses de la Iglesia Católica, era más importante que nosotros termináramos nuestras carreras profesionales y después pusiéramos al servicio del catolicismo mexicano nuestras personalidades de intelectuales de extrema derecha. Se dijo que el llamado de los hombres a la montaña se explicaba perfectamente como una urgencia desesperada de encontrar algo que nosotros no podíamos proporcionar.²⁸

Finalmente coincidían con la posición del padre de Salvador. Sin embargo, Navarrete cuenta que Salvador lo llevó a uno de los cuartos y le dijo lo siguiente:

Salvador (S): ¿Qué te parece? Yo creo que tienen miedo. Mi opinión es que deberíamos ir. Yo no viviría a gusto el resto de mi vida si no acudo al llamamiento del General. Nosotros invitamos al pueblo para que se lanzara a una aventura en la que ahora no los acompañamos. Esto me suena a cobardía.

Heriberto (H): Bueno, Salvador, ¿y qué necesidad hay de que vayamos todos o no vaya ninguno?

S: No, pero es que debemos ir todos.

H: Mira, Salvador, a mí me interesa poco que los demás vayan o se queden. El Lic. Gómez Loza²⁹ le dijo a Mauricio que me enviara un recado [en] donde yo estuviera, diciéndome que me esperaba en Los Altos [de Jalisco] a como diera lugar.

²⁸ “El general Obregón sentenciado a muerte”, 10.

²⁹ Colaborador muy cercano de González Flores, miembro de la U y en 1927 fue nombrado “gobernador civil” de Los Altos de Jalisco.

S: ¿Y tú piensas irte pronto?

H: Ciertamente.

S: Pues yo me voy contigo.

Aquella tarde fuimos a buscar al P. Toribio Bracho a la casa que tenían los jesuitas en Altamirano para confesarnos con él y decirle que al día siguiente nos íbamos al cerro con los rebeldes. [...] Al día siguiente por la tarde [...] el padre Bracho nos había despedido en la estación Colonias: "Muchachos, no se vayan a arrepentir, no admitimos de vuelta más que los huesos".³⁰

¿A quiénes más abarcaría ese "admitimos" del jesuita Bracho? Mientras Navarrete tomaba el rumbo de Los Altos para reunirse con Miguel Gómez Loza y Salvador era descubierto infraganti por sus padres, su tío José Candelario volvía herido de Zacatecas y tomaba una decisión que no coincidiría ni con la fallida de su sobrino ni con la lograda de Navarrete:

Estos combates de pega y corre [...] y de matar pobres e ignorantes sardos [pensé] que no nos llevaría al triunfo. Mi pensamiento era eliminar del mundo de los vivos a las cabezas responsables siguiendo el consejo de don Álvaro Obregón de no matar la hormiga que te pica sino ir directamente al hormiguero y exterminarlo. [...] A Gorostieta le insinué la ventaja de eliminar peces gordos, pero me tiró a Lucas.³¹

La manera como habla sin remilgos el tío de Salvador sobre eliminar y exterminar dista mucho de la retórica llena de eufemismos del martirio que utiliza su sobrino, en la que siempre se muere por una causa, pero deja invisibilizada la acción de matar o de cooperar para lograrlo. Pronto José Candelario encontró a otro católico imbuido de la misma concepción, Luis

³⁰ "El general Obregón sentenciado a muerte", 10-11.

³¹ *Ibíd.*, 14. Este documento como lo indiqué en la nota 12, me lo proporcionó Juan Carlos Núñez Bustillos, procede de la biblioteca de su padre, Carlos Núñez Hurtado; al parecer fue redactado para su publicación en 1964.

Segura Vilchis. Ambos decidieron matar directamente al que consideraron ser el jefe del hormiguero, el mismo de quien habían escuchado el consejo, y el 13 de noviembre de ese año de 1927 llevaron a cabo su intento fallido contra Obregón. Evidentemente de este asunto tampoco se habla en los textos de las hermanas de Salvador ni en el de Navarrete.

Retrocedamos un poco en el tiempo para enfocarnos en una acción llevada a cabo por Salvador y Navarrete a principios de 1927,³² ya iniciada la lucha armada, de la que al parecer el primero no les advirtió a sus padres. En ella podemos ver por fin no un intento fallido de comprometerse con la lucha armada, sino un tipo de cooperación con los alzados que sí se logró. Cuenta Navarrete que, en 1926, ambos estrecharon la relación en los locales de la ACJM y que cuando, a inicios de 1927, cambió la estrategia de la resistencia “pasiva” por aquella de tomar las armas, se planteó la siguiente disyuntiva:

Los pacifistas, que a toda costa pretendían conservar un equilibrio imposible entre el Gobierno perseguidor, y la sociedad perseguida; y el grupo de los muchachos dispuestos a defender en todos los terrenos el derecho de la Iglesia y la libertad del pueblo, Salvador desde un principio se colocó en el pequeño grupo de los más exaltados propugnadores de la aceptación franca y valiente de una lucha a la que eran provocados y empujados los católicos de México. Entre este grupo de extremistas exaltados y el tipo diametralmente opuesto de los cobardes, había una inmensa gama de actitudes intermedias.³³

Obviamente, nadie entre los “exaltados” adivinaba que tiempo después, una vez lanzados a la lucha armada, la cúpula de su Iglesia —a la que pretendieron defender— negociaría (con el gobierno) sin consultarlos, por razones geopolíticas. Simplemente eso quedaba dentro de lo impensable. De entrada,

³² ¿Febrero o marzo?

³³ “El general Obregón sentenciado a muerte”, 1.

estaban ya hipotecados sin saberlo por otras consideraciones que no pasaban solo por la “valentía” o la “cobardía”. A diferencia de otros jóvenes católicos y comunistas de finales de los años sesenta, que intentaron librar a su patria del yugo capitalista sostenido por el gobierno autoritario priista, que jugaron sin protección y fueron masacrados,³⁴ desaparecidos y vencidos, los jóvenes de los años veinte estaban demasiado ligados a su institución, que manejaría sus huesos y su lucha en función de sus intereses. Iglesia que también estaría dispuesta a borrar en lo posible su participación en el asunto de la Cristiada, como si solo hubiera sido iniciativa de sus súbditos laicos.

Cuenta Navarrete que tenía en su casa 5,000 cartuchos de rifle que era necesario empaquetar y enviar a los alzados del sur de Jalisco, expresamente al general Ibarra. Añade que había escogido a Luis Padilla para que lo acompañara, pero este le dijo que no le sería posible ir. Así pues, de regreso a su hogar, decidió pasar a la de Salvador, le expuso la situación y en qué consistía el cargamento. Salvador aceptó, pero para que sus padres no sospecharan de lo que haría, les pidió permiso para ausentarse con Navarrete dos días. Sorprendentemente, se lo dieron. Ya en la casa de Navarrete, ambos se dieron a la tarea de colocar 50 cartuchos bien amarrados en el centro de unas cajas de jabón. En la madrugada pasó un destartado camión por ellos para ir a Tecolotlán.³⁵ Colocaron las cajas debajo de los asientos y en la paquetería. No eran los únicos pasajeros. Lograron pasar la aduana de la salida de la ciudad, aunque estuvieron a punto de ser descubiertos por un militar que en el último momento decidió no abrir las cajas de “jabones” y creerles bajo palabra. Así, pudieron entregar la mercancía.

³⁴ Algunos de ellos creyeron que la patria socialista cubana estaba con ellos. Tampoco supieron que el gobierno cubano tenía un acuerdo con el gobierno mexicano. De nueva cuenta, la geopolítica se impuso.

³⁵ Tecolotlán, Jalisco, está situado después de Cocula y antes de Autlán.

Mientras encontraban transporte de regreso a Guadalajara, se instalaron en un hotelito de Tecolotlán pleno de altos jefes militares. Relata Navarrete que la primera noche se sentaron a cenar entre capitanes y coroneles, y que toda la conversación giró en torno a la campaña contra los cristeros. Ellos les contaron que habían hecho el viaje sin encontrar a ningún grupo de los alzados, lo cual no dejó de asombrar a los militares. En ese lugar permanecieron tres días, hasta que encontraron transporte de regreso a la capital tapatía. Anunciaron en el comedor su retorno a media tarde, pero, para su sorpresa, el general que fungía como jefe de operaciones los llama con “mucha reserva” a conversar, lo que los puso nerviosos. Cito parte de dicha conversación que casi resulta inverosímil:

General (G): Muchachos, Uds. me han caído muy bien porque son alegres, despreocupados y por lo que me he dado cuenta, valientes. Yo quiero pedirles un favor muy especial y espero que no me lo nieguen. Como ustedes ven la región está infestada de rebeldes y yo no quiero saber lo que Uds. piensan acerca de este movimiento militar. Por mi parte yo tengo una obligación que cumplir como soldado y [...] si he de ser franco con Uds. es de lo más molesto que he hecho en mi carrera. El favor que les voy a pedir se relaciona con el cumplimiento de esta obligación. Hace más de 15 días que no podemos comunicarnos con Guadalajara. [...] Imposible conseguir un correo seguro que vaya a Guadalajara; las líneas telegráficas están destrozadas. [...] Como ustedes comprenden entre los compañeros míos, hay muchos que quisieran enviar noticias a sus familiares. [Y...] tengo atrasados informes y reportes para la superioridad que quisiera hacer llegar por un conducto seguro. Al observar la conducta de ustedes [...] se me ocurrió la idea de confiarles unos sobres con correspondencia oficial y privada, para que me hicieran el favor de llevar a Guadalajara. Uds. dirán.

Nosotros: Con mucho gusto, mi general. Denos lo que Ud. quiera y díganos sus instrucciones.³⁶

³⁶ “El general Obregón sentenciado a muerte”, 6.

Si ya de por sí el hecho de no haber sospechado qué hacían dos estudiantes clasemedieros de Guadalajara en esos andurriales resulta sorprendente, la petición del general, quien todavía les advirtió de los peligros de llevar esa información, lo es aún más. Ellos se dieron el lujo de fanfarronear que no había problema, y que si les salía Lucas Cueva —uno de los generales alzados— en algún recodo del camino, se lo hacían amigo y si los descubrían con los papeles: “Les decimos que nosotros también somos cristeros y les damos todos sus papeles y le decimos que le tomamos el pelo a usted”. El general intervino y les dijo: “Bueno, eso es ya un caso extremo”. Incluso el general les quiso dar dinero, pero estos jóvenes no lo aceptaron porque “sería un abuso de nuestra parte”.³⁷ Finalmente les entregó un pliego de papel cebolla escrito “apretadamente” y les comentó que esos “informes hay que salvarlos a toda costa”.³⁸ A la mañana siguiente salieron hacia Guadalajara con la intención de entregárselos al general Ibarra, pero este nunca apareció y terminaron por dárselos al líder Anacleto González Flores.³⁹

Digamos que se trata de una variante de “La carta robada” de Edgar Allan Poe. Esta vez la carta no queda varada a “vistas”, sino que llega a su destino, pero equivocado. Por otra parte, la ingenuidad del general resulta apenas creíble si hemos de aceptar este relato tal cual. Como dato a remarcar, por si hubiera dudas, se puede observar en este caso la función estratégica que ocupaba el líder González Flores en el inicio del levantamiento, aunque, como lo he señalado, muchos años después aparezca como ocupando una posición tercera y neutral o incluso como “agente de paz” —como se dijo en su beatificación del 20 de noviembre de 2005— en medio de “una lucha

³⁷ “El general Obregón sentenciado a muerte”, 7.

³⁸ *Ibíd.*, 8.

³⁹ Dicho personaje fue declarado mártir de la Cristiada el 20 de noviembre de 2005 y el 29 de julio de 2019 fue entronizado como patrono de los laicos —me imagino que solo de los católicos— mexicanos.

fratricida entre mexicanos”. Para beatificar santos guerreros la Iglesia tiene que recurrir no solo a la limpieza de pólvora, sino a tergiversar la historia. Ese es el precio.

En octubre de 1928, Salvador Torres obtuvo el título de abogado y pudo dar clases de Ética, Moral y Psicología en la Escuela Preparatoria de Jalisco. Señala Lola que lo dispensaron de asistir a la Congregación Mariana para evitar ser perseguido. No obstante, al tener que impartir textos oficiales con los que no estaba de acuerdo, fue obligado a renunciar. Lola afirma que “fue el primer encuentro con la masonería. Mi mamá para consolarlo le decía: ‘Dios así lo quiere. Tú no puedes ser malo y por eso te corta los pasos, te quiere humilde, así se lo he pedido, esto es lo que te conviene’.⁴⁰ Huelga hacer comentarios acerca de las inspiraciones que “dios” les hace llegar a las madres de algunos futuros mártires y no solo a los mediadores legitimados. Un punto llamativo: una vez que las hermanas platicaban con Salvador y le decían que el santo que más admiraban era Ignacio de Loyola, él les respondió que a quien más admiraba era a san Francisco de Asís, “el dulce santo, el santo enamorado de Cristo”. Dulce santo que contrasta con los ideales de Salvador Torres, quien quería ser algo más que un dulce mártir.

EL INMEDIATO CONTEXTO POSCRISTIADA

Firmados los denominados arreglos de junio de 1929 entre las autoridades de la Iglesia designadas por Roma y el gobierno del presidente Emilio Portes Gil, a los alzados católicos no les quedaba más que deponer las armas, lo que no dejó de traerles consecuencias a estos últimos, ya que más de mil fueron asesinados en los tiempos de “paz”. Durante dos años se vivió una paz muy relativa y luego comenzaron de nuevo los intentos de reglar el control de los sacerdotes, como sucedió en el estado de Veracruz. Sin embargo, la jerarquía católica ya no

⁴⁰ “Apuntes sobre el Lic. Salvador Torres González”, 13.

apoyaría, con su silencio o sus ambigüedades como ocurrió en la Cristiada, cualquier intento de retomar las armas. Roma decidió implantar diversas estrategias. La primera fue tratar de articular las organizaciones que se habían casi independizado del control de la jerarquía en tiempo de la Cristiada y las nuevas que surgirían dentro del proyecto de la Acción Católica.⁴¹ La segunda fue dejar prosperar, bajo vigilancia, a tres sociedades secretas: las Legiones, que desembocarían en la base secreta del Movimiento Nacional Sinarquista; la denominada Asociación Fraternalista de Estudiantes de Jalisco, que nació previamente a la Universidad de Occidente —poco más tarde denominada Universidad Autónoma de Guadalajara—. Dicha asociación se condensó tiempo después en el nombre de los tecos. Una tercera, también estudiantil, llamada los Conejos. Pero, además, la cúpula católica en enero de 1932, desde Roma, fiel a su estilo de jugar en varios escenarios, emitió un documento en el que llamaba a fundar un partido político que no implicara a la jerarquía eclesiástica en este. Conviene citarlo por lo que sugiere hacer y, sobre todo, por la manera de hacerlo. Veamos:

Por lo que corresponde a la formación de un partido político. Conviene tener presentes los siguientes puntos: a) no es oportuno que el episcopado, el clero y los católicos, en cuanto tales, formen un partido político que pudiera ser tenido como representativo de la Iglesia y de la religión católica: b) tampoco los laicos deberán formar partido “católico” en el sentido señalado, es decir, que involucre a la Iglesia en las luchas y cuestiones políticas.⁴²

Hasta aquí, el documento sigue los criterios adelantados en la carta encíclica *Paterna sane sollicitud*, con fecha del 2 de

⁴¹ Véase al respecto el libro de María Luisa ASPE ARMELLA. *La formación social y política de los católicos mexicanos*, (Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana, 2008).

⁴² Prot. 13/32, 7 pp. Citado por Manuel OLIMÓN NOLASCO, “Meses dramáticos para la Iglesia en México diciembre de 1931 a febrero de 1932”, manuscrito inédito.

febrero de 1926, en la que el papa recomendaba no ligarse a ningún partido o facción política. Además, hay que situar esta recomendación en el contexto del posconflicto armado, en el sentido de que en ese momento se promovió la vida interior y a lo más una acción cívica. Quiero señalar que cuando la cúpula eclesiástica habla de política se refiere fundamentalmente a la llevada a cabo por los partidos porque, en realidad, ella no puede escaparse de hacer política. Todavía faltaba un tercer apartado que me interesa recalcar:

Sin embargo, el episcopado con prudencia y sin comprometerse, procure la formación, por parte de algunos laicos distinguidos, de un partido político que, sin denominarse católico para evitar todo equívoco, esté basado en principios cristianos y garantice la defensa de Dios y de la Iglesia.⁴³

De nueva cuenta, como en tiempos de la Cristiada, el alto clero arroja a los laicos a que pongan la cara, mediante la vía partidista y, por lo tanto, jugando a hacer política aunque ocultando la mano. Esta sugerencia serviría de inspiración a una porción significativa de los católicos que fueron miembros fundadores del Partido Acción Nacional (PAN). Porque si bien ese partido nunca se propuso abiertamente ser un brazo político del clero, parte de su doctrina viene de la Iglesia, y no faltaron presidentes y miembros de dicho partido que tomaron en serio aquello de la defensa de dios y de su iglesia. Incluso, muchos años después, aceptaron que miembros de otra sociedad secreta fundada en 1953 en Puebla, El Yunque, comenzara a formar parte de sus huestes hacia finales de los años setenta. Asunto por demás llamativo, ya que en sus inicios el PAN en Jalisco tuvo como enemigo fundamental a los tecos.

⁴³ OLIMÓN, “Meses dramáticos”. Este párrafo fue citado en Hugh CAMPBELL, *La derecha radical en México, 1929-1939*, (México: SEP Setentas, 1973), 31. A su vez, Campbell lo extrajo de los textos de Monseñor Leopoldo LARA Y TORRES, *Documentos para la historia de la persecución religiosa en México*, (México: Jus, 1954), 986-87.

A todo esto, se viene añadir el ya citado conflicto universitario respecto a la libertad de cátedra y la educación socialista, que se puede sintetizar muy apretadamente en los argumentos de las posiciones representadas por Vicente Lombardo Toledano y Antonio Caso. El primero sostenía lo siguiente:

Las Universidades y los Institutos de tipo universitario [...] contribuirán, por medio de la orientación de sus cátedras y de los servicios de profesores y establecimientos de investigación, en el terreno estrictamente científico, a la sustitución del régimen capitalista, por un sistema que socialice los instrumentos y los medios de producción económica.

Las enseñanzas que forman el plan de estudios correspondiente [...] rematarán con la enseñanza de la filosofía basada en la naturaleza. La historia se enseñará [a partir de] la evolución de las instituciones sociales. [...] Y la ética, como una valoración de la vida que señale como norma para la conducta individual, el esfuerzo constante dirigido hacia el advenimiento de una sociedad sin clases, basadas en posibilidades económicas y culturales para todos los hombres.⁴⁴

Por su parte, Antonio Caso replicaba así:

La Universidad de México es una comunidad cultural de investigación y enseñanza; por tanto, jamás preconizará oficialmente, como persona moral, credo alguno filosófico, social, artístico o científico. Cada catedrático expondrá libremente e inviolablemente, sin más limitaciones que las leyes consignent, su opinión personal filosófica, científica, artística, social o religiosa.

[...] Yo estoy conforme en una orientación de la Universidad hacia los problemas sociales y los declaro con toda amplitud y la fuerza de mi espíritu; pero no estoy conforme con la consagración de un sistema social definido, el colectivismo, como credo de la Universidad.⁴⁵

⁴⁴ *Las Noticias*, Guadalajara, 20 de septiembre de 1933.

⁴⁵ Alma DORANTES, *El conflicto universitario en Guadalajara 1933-1937*, (Guadalajara: INAH, Secretaría de Cultura Gobierno de Jalisco, Guadalajara,

La posición de Vicente Lombardo fue votada por mayoría, 22 votos contra siete. El rector de la Universidad de Guadalajara, Enrique Díaz de León, hizo suyas las propuestas lombardistas y trató de implementarlas con rapidez. En consecuencia, el conflicto se inició en octubre de 1933 en la capital tapatía; dos posiciones que en ese momento resultaron innegociables. Por lo pronto el problema fue cómo implementar una educación socialista en una sociedad que seguía siendo capitalista.⁴⁶

A este conflicto, como adelanté, se sumó el llamado “grito de Guadalajara” del expresidente Plutarco Elías Calles, que de alguna manera subjetivizó la polémica porque esta vez se trataba de apoderarse de las conciencias. Veamos.

La Revolución no ha terminado, los eternos enemigos la acechan y tratan de hacer nugatorios sus triunfos. Es necesario que entremos al nuevo periodo de la Revolución que yo llamaría el periodo revolucionario psicológico. Debemos entrar y apoderarnos de las conciencias de la niñez, de las conciencias de la juventud, porque son y deben pertenecer a la Revolución [...] pertenecen a la colectividad.⁴⁷

Para el expresidente no parecen existir ciudadanos, o en vías de llegar a serlo, solo militantes de la Revolución, la cual presenta como unívoca. Muy pronto se iba a enterar con Lázaro

1993); Juan HERNÁNDEZ LUNA, “Polémica de Caso contra Lombardo sobre la universidad”. *Historia Mexicana*, vol. 1, núm. 1, (1969): 87-104.

⁴⁶ No hay que olvidar que este debate local se da en el contexto internacional del estalinismo y del ascenso imparable del nazismo. Muchos años después, jóvenes pos-68, en buena parte universitarios, retomaron las banderas de tratar de implementar una sociedad sin clases y no solo desde la universidad, sino en un contexto sustancialmente diferente. Algunos podrían ser considerados herederos de aquellos de los años treinta que se oponían o apoyaban la citada educación, pero ni siquiera parecen acordarse de ellos; tampoco de Vicente Lombardo Toledano, quien murió en 1968 como fiel defensor del régimen de Díaz Ordaz. En otras palabras, probablemente este último repensó las cosas y cambió su perspectiva por aquella del “advenimiento” de una sociedad a favor del Partido Revolucionario Institucional (PRI).

⁴⁷ José María MURÍA et al., *Historia de Jalisco*, t. IV, (Guadalajara: Unidad Editorial del Gobierno del Estado de Jalisco, 1982), 534-35.

Cárdenas que las cosas no eran tan homogéneas. Pero por lo pronto su arena introdujo la representación de la infiltración socialista aunada a la Revolución mexicana en las conciencias. Y esta representación iba a tener un prometedor futuro.

LIBERTAD DE CÁTEDRA Y SUS “MÁRTIRES”

Comienzo este apartado con la cita de una oración fúnebre de monseñor Luis María Martínez previa a la guerra cristera que, en mi opinión, puede constituir un paradigma de la imagen simbólica del martirio y sus pruebas de sangre. La dijo en el momento en que se estaba consolidando la sociedad secreta que fundó, junto con Adalberto Abascal,⁴⁸ en el seminario de Morelia en 1915, al parecer por “inspiración” del Espíritu Santo. En dicha oración, del 13 de mayo de 1921, hizo alusión a un acto vandálico ocurrido a finales de marzo en la sacristía de la catedral de Morelia, en el que una imagen de la virgen de Guadalupe fue rasgada a cuchilladas en una parte del lienzo aunque no afectó directamente a la imagen. Este hecho convocó a una manifestación de desagravio que culminó con una serie de cadáveres en ambos bandos.

El socialismo se suicidó pretendiendo destruir la religión y supo el mundo que para México, hay algo que vale más que su bandera, la Virgen de Guadalupe, que tocarla, es tocar el alma nacional y que morir por ella es morir por Dios y por la Patria. Benditos nuestros hermanos [...] que en un solo holocausto ofrecieron su sangre al Dios de los cielos y a la patria y a la tierra.⁴⁹

⁴⁸ Padre de Salvador Abascal, fundador de la Unión Nacional Sinarquista y de la sociedad secreta denominada La Base, y abuelo de Carlos Abascal, presumible miembro de El Yunque.

⁴⁹ *Revista David*, agosto de 1954 a julio de 1956, 356.

La virgen, por encima de la bandera, y en el lema de la ACJM: “por Dios y por la Patria”, Dios en preeminencia de la segunda. Más tarde, en el momento de los fusilamientos, podrían gritar “Viva Cristo Rey” aludiendo a que era el rey de todas las naciones. Monseñor Martínez continuó su panegírico así:

Salpicada de sangre de mártires está nuestra historia y nunca faltará la eucaristía [...] La Iglesia vive de dos principios, de dos sangres; de la sangre de Cristo que se vierte místicamente en el altar, y de la sangre de los mártires que se derrama de manera cruenta sobre la tierra cuando en el mes que acaba de pasar obedeciendo a tenebrosa consigna los socialistas quisieron sustituir en nuestros templos la santa Bandera de la Patria por el exótico pabellón rojo y negro, emblema de odio y de sangre; en muchas ciudades de la República hubo sin duda viriles protestas [...] pero eso no fue nada ante la honda e inmensa conmoción que provocó en la Patria Mexicana el atentado contra la Virgen de Guadalupe; de todas partes se levantó un clamor de protesta.⁵⁰

La guerra de los símbolos y de los íconos, como es de esperarse, tiene sus jerarquías, sus ofensas y límites insoportables a su desacralización, para unos y otros. No hay mediación posible. Es todo o nada.⁵¹

Citadas estas trepidantes imágenes que aluden al derramamiento de la sangre, sea efectiva o místicamente, con la cuchillada fallida a una imagen, fruto de devoción y adoración, y con trasfondo de banderas sustituidas en las alturas catedralicias, doy un salto temporal para enfocarme al que es considerado como el martirio de Salvador Torres González. Para ello evocaré lo ocurrido ese 3 de marzo de 1935.

⁵⁰ *Revista David*, agosto de 1954 a julio de 1956, 356.

⁵¹ Años más tarde, en el territorio de la biopolítica, la lucha irreconciliable será por los anticonceptivos, el aborto, las parejas homosexuales, la política de género, la vida como derecho pero no como deber, el abuso sexual, etcétera.

DIFERENTES RELATOS DEL 3 DE MARZO DE 1935. LA PUGNA POR LA LIBERTAD DE CÁTEDRA

Las versiones de los asesinatos del 3 de marzo, como es de esperarse, varían según los lentes ideológicos de quien los narra. Así, por ejemplo, el periódico *El Jalisciense* publicó lo siguiente:

Nuevamente los trabajadores salieron ayer en defensa de los postulados de la Revolución, disolviendo a los fanáticos que en forma desordenada recorrían las calles de la ciudad protestando ruidosamente en contra de la educación socialista. [...] El choque fue provocado por los católicos manifestantes que dirigidos por sus líderes, injuriaban sin ton ni son a los trabajadores. [...] Un buen número de los manifestantes, al oír los disparos que los trabajadores hacían al viento con el objeto de [...] dispersarlos, sacaron sus armas y empezaron a hacer fuego sobre los trabajadores que eran miembros de la Confederación Obrera y Campesina, por lo que estos se vieron obligados también a tirar sobre los escandalosos que los seguían injuriando. [...] De esta fricción entre los fanáticos y el grupo de obreros y revolucionarios que se habían organizado, resultaron tres muertos y cinco heridos.⁵²

Según se deduce de este relato, los asesinados se ganaron a pulso la muerte y los asesinos solo se defendieron. Por su parte, el diario *El Informador* vio las cosas de manera diferente:

Sin el permiso correspondiente de la autoridad municipal, se organizó ayer por la mañana una manifestación compuesta de señoras y niños y de jóvenes estudiantes, para protestar una vez más en contra de la educación socialista. Al situarse los manifestantes frente al Palacio de Gobierno a los gritos de la multitud se dice que un gendarme o agente de tráfico, tal vez para amedrentarlos, disparó su arma al aire, y esta fue la nefasta señal para que los elementos adictos al gobierno, posiblemente sin seguir órdenes de

⁵² *El Jalisciense*, Guadalajara, 4 de marzo de 1935.

algún superior, continuaran disparando sus armas y repartiendo macanazos en contra de los manifestantes y naturalmente contra los inocentes transeúntes que nada tenían que ver en la cuestión. El saldo trágico fueron tres muertos, varios heridos y contusos.

El Informador [...] no puede abstenerse de reprobar enérgicamente los procedimientos atentatorios que emplearon los elementos oficiales. [...] Y los reprobamos porque no se trataba de un motín armado ni de un asalto de facinerosos.

La policía tiene el derecho y hasta la obligación de conservar el orden. [...] Pero en el caso de haber tomado participación en los sucesos, no tiene derecho de hacer uso de sus armas para convertirse en asesino en masa, ya que al disparar contra una multitud, caen víctimas inocentes como sucedió ayer.⁵³

En el relato no queda claro si los “inocentes” solo fueron los transeúntes o también los que marcharon contraviniendo los reglamentos municipales, pero sí que no era lícito que los policías hayan disparado a mansalva y, menos aún, porque no se trataba de un “motín”. En cuanto al disparo al aire del policía o agente de tránsito, este fue tomado como una posible y “nefasta señal” para que “los adictos al gobierno [...] continuaran disparando”, pero posiblemente sin seguir órdenes de algún superior, lo que deja ambigua la descripción. ¿Por qué pudo ser percibida como una señal y, a la vez, ser algo espontáneo?

Así pues, tenemos dos versiones diferentes respecto al uso de las armas: 1) los obreros revolucionarios fueron quienes dispararon al aire para dispersarlos y los “fanáticos” respondieron con disparos dirigidos a los trabajadores, lo que obligó a estos últimos a defenderse; 2) se trató solo de un disparo al aire, probablemente para amedrentarlos; y luego, sin que mediaran disparos de respuesta de los manifestantes, se dio el acto policiaco contra la multitud.⁵⁴ En esta última versión se intenta salvar una respuesta previamente orquestada por órdenes superiores.

⁵³ *El Informador*, Guadalajara, 4 de marzo de 1935.

⁵⁴ Muchos años después, el 2 de octubre de 1968, en la plaza de las Tres Culturas la señal de una bengala fue la orden para los miembros del Batallón Olimpia de disparar contra los manifestantes.

Viene una tercera interpretación, que se puede ver como una de las versiones católicas más "oficiales" del 3 de marzo, recogida por el jesuita Pulido. Esta vez se nos describe que la manifestación estaba muy bien orquestada. Se trata del documento de un testigo anónimo. Veamos:

Al llegar las primeras filas a la puerta principal de éste [Palacio de Gobierno], un grupo de pistoleros vestidos de particulares y aun la misma guardia de Palacio se lanzó sobre los manifestantes inermes, golpeándolos con palos y tablas erizadas de clavos y disparándoles a bocajarro. El que inició el fuego en el Centro Jalisciense fue el presidente de la Cámara de Diputados Clemente Sepúlveda y el exdiputado Heliodoro Hernández. [...] Desde la Presidencia Municipal y de otros muchos puntos salían grupos de gendarmes que, vestidos de particulares y armados de macana en una mano y pistola en otra se lanzaban con rabia contra la multitud: de la Iglesia de la Merced salió un grupo de gobiernistas, armados de puñal en la derecha y pistola en la izquierda, para atacar al grupo de muchachas que entonces pasaba por ahí; mientras que desde la Presidencia Municipal y del Palacio de Gobierno y otros edificios tiraban con pistola o máuser ⁵⁵

Parecería que no se trata de un solo testigo, sino de la condensación de varios, quienes nos ofrecen un escenario panóptico que da la idea de un acto orquestado de manera perfecta. Lo que salta a la vista es que si este fuera el caso, debería de haber provocado una masacre que, felizmente, no ocurrió. En síntesis, lo que quizá se puede recuperar de estas contradictorias versiones es que la mayoría de los integrantes de la marcha participaba en plan de protesta por medio de la palabra y la presencia, pero no dispuestos a matar y morir.

El cuarto relato, escrito por la hermana Lola, obviamente tiene una mirada más focalizada:

⁵⁵ Archivo de la Compañía de Jesús Guadalajara (ACJG), Pulido, s/f.

Al llegar Salvador al lugar donde lo mataron, se encontró según dicen a una niña que lloraba, trata de consolarla y recibe el balazo. Paco mi hermano que tendría entonces nueve o diez años ve caer su cuerpo y se abre paso entre la gente; se encuentra nada menos que con Salvador, se arrodilla, coloca su cabeza en el brazo izquierdo y con la mano derecha le hace la cruz sobre la frente con su propia sangre, que sale a borbotones de la herida, mientras que le dice fuerte al oído: “PÍDELE A DIOS QUE TE SALVE, PORQUE TE ESTÁS MURIENDO”, vuelve a colocar a Salvador en el suelo, corre a Catedral, en donde el señor Arzobispo⁵⁶ termina de decir la cuarta misa, pues era de los sacerdotes que estaban registrados y le dice: “¡Señor, mataron a mi hermano!”. [...] Sale el señor Arzobispo hasta la puerta de la iglesia⁵⁷ a dar absoluciones.⁵⁸

Sigue el periplo del hermano en busca de un sacerdote para que asistiera a Salvador en el cercano templo de Santa Teresa y no encuentra a ninguno. Por su parte, la hermana Lola se traslada a la residencia jesuita de San Felipe y consigue que el padre Urdanivia, que también estaba entre los sacerdotes registrados, logre entrar a donde han trasladado a Salvador, ya cadáver, y se cuela para darle la absolución. Mientras tanto, el padre de Salvador toma su pañuelo y lo introduce en la herida de su hijo. Se trata de un ritual muy practicado durante la Cristiada, obviamente no original de esta, de utilizar la sangre de los considerados mártires como reliquias, así como trozos de sus ropas ensangrentadas.

⁵⁶ Monseñor Garibi Rivera era solo obispo con derecho a sucesión.

⁵⁷ No puede atravesar la plazuela de la catedral vestido en ropas talares.

⁵⁸ “Apuntes sobre el Lic. Salvador Torres González”, 21. Existe otra versión al respecto. Me imagino que fue escrita también por Lola, con fecha del 25 de agosto de 1946, y que me prestó el sacerdote Rosario Ramírez en 2002, en la que se repite casi palabra por palabra lo que he citado. Me imagino que se trata de un primer borrador.

OTRO MÁRTIR DEL 3 DE MARZO HEROIZADO Y CUESTIONADO

Como he adelantado, ese 3 de marzo no solo murió asesinado Salvador Torres, sino también el obrero José López y el campesino Crescenciano Núñez. Es difícil saber las motivaciones de estos dos personajes en dicha manifestación. Me faltan datos elementales. Sin embargo, de José López circuló una versión, por decir lo menos, entre "heroica y temeraria", llevada a cabo por dicho personaje en la emoción del momento. Dicha interpretación está extraída del texto recabado por el jesuita Pulido:

El obrero mecánico de 21 años de edad, José López, que estaba defendiendo a una señorita con unas tablas que arrancó de un estanco, se abrió el pecho diciendo a un secreta [policía] que lo amenazaba con la pistola: "Primero me quitas la vida que la libertad", cayendo al primer disparo en brazos de Ignacio Garibay.⁵⁹

¿De qué defendía a la señorita? No queda claro. ¿Por qué arrancó unas tablas para hacerlo? Tampoco. ¿Estaba siendo amenazada con una pistola? ¿por qué? A saber. En todo caso, el claramente amenazado era el citado obrero, quien le ofrece el pretexto al policía para acribillararlo de frente al abrirse el pecho y retarlo; me imagino que para hacerlo debió haber dejado las tablas. En fin, son puras especulaciones porque lo relatado deja demasiados huecos. Lo que acerca este relato al de Salvador es que ambos, por tratar de auxiliar de diferentes maneras a una tercera persona, terminan asesinados: uno por una bala furtiva; el otro, a quemarropa. Me imagino que dichas acciones le añaden un plus de ejemplaridad a sus muertes.

En el caso del obrero existe otra versión que no abunda en la parte heroica. Veamos de qué manera lo hace. Jesús Padilla Martínez, excristero y lugarteniente del general Lauro Rocha en la llamada "segunda" —que va de 1934 a 1938—, afirma

⁵⁹ ACJG, Pulido, *s/f*.

que ese día 3 de marzo enviaba desde Ocotlán, Jalisco, el tercer embarque de armas al mencionado general. Según Padilla, había convencido a José López de irse a la montaña con Rocha. Señala también que López no murió ofreciendo el pecho ni defendiendo a una señorita, sino que fue a causa de las provocaciones que les hacía a los judiciales cuando tomaba, y que ese día aprovecharon la multitud y el momento para “arreglar sus cuentas con José” ¿Cómo lo supo con tal seguridad? Tampoco queda claro.⁶⁰ Finalmente, tenemos entre los “mártires” del 3 de marzo a un aspirante a cristero tardío, a uno que no terminó de serlo y una falta de información con respecto a Crescenciano.

UNA MUERTE “CON CHISTE”

La novedad del cristianismo no es el amor, ni el pecado, ni Dios [...] todo eso ya existía desde antes [pero los hombres...] no conocían la voluptuosidad del morir. Las manchas de sangre han sido siempre la delicia oculta del cristianismo. [...] El cristianismo ha hecho de la muerte una simiente [...] Es nuestra desgracia de simples mortales carecer del fervor suficiente para proyectar al exterior nuestros pretextos de absoluto.⁶¹

⁶⁰ Años después, el citado Jesús Padilla me corroboró que recibió la invitación del líder ideológico de la Asociación Fraternalista de Estudiantes de Jalisco, Carlos Güero Cuesta Gallardo, para pertenecer a la organización de los tecos. Me comentó que cuando estaba en la sala para realizar la ceremonia de juramento de pertenencia, lo interrumpió y le pidió que lo dejara salir porque su “religión le prohibía hacer ese tipo de juramentos secretos”. Cuesta se resistía a permitirle irse porque se había dado cuenta de quiénes eran los integrantes, a lo que Padilla, medio ofendido, le respondió que no iba a salir “lengua larga”. Acto seguido sacó la pistola y Cuesta lo dejó partir. Salvador Padilla, entrevista realizada por Fernando M. González, en 1984 en Guadalajara, Jalisco, México; Salvador TOSCANO VILLANUEVA, *Y la tierra se tornó roja*, (Zapopan: El Colegio de Jalisco, 1995), 39; 42. El cruce fallido entre José López, Jesús Padilla y Carlos Cuesta quedó sellado ese 3 de marzo de 1935.

⁶¹ Emil CIORAN, *Lágrimas y santos*, (Madrid: Hermida, 2017), 85-86.

El considerado mártir por su familia y luego por los fundadores de la Universidad Autónoma de Guadalajara, emitió una frase pocos días antes de su asesinato a propósito de la muerte de un joven al que estimaba,⁶² frase que me parece que condensa el tipo de valoración que le otorgaba a lo que calificaba como martirio.

—¡Qué lástima que la gente buena se muera tan pronto! Manuel con tan buen porvenir y con una muerte sin chiste.

—[su hermana Lola resume la posición de algunos miembros de la familia] Extrañados un poco, le dijimos: “¿Pero a qué le llamas muerte sin chiste? Mejor muerte que la de Manuel no se puede desear: bien preparado, comulgó todos los días; recibió los Últimos Sacramentos. Murió como buen católico, rodeado de sus padres y hermanos, ¿qué más se puede desear?”.

A lo que contestó Salvador:

—Sí es cierto, pero a mí me gustaría algo más.

—¿Pero ¿qué es lo que deseas? ¿Te parece poco?

—No, no es que me parezca poco, pero morir por el bien de los demás, me parece mejor. Ahí tienen a un García Moreno, un excelente católico, que al salir de misa, le dieron una puñalada y cayó bañado en su propia sangre.

Comprendimos que en el alma de Salvador vibraba todavía el deseo de dar su vida por Dios. ¡Cuándo nos habíamos de imaginar que Nuestro Señor le iba a tomar la palabra unos cuantos días después!⁶³

Dentro del relato martirial de Salvador Torres, me imagino que el gesto de haberse detenido a consolar a la niña que lloraba resultó para la familia el acto elegido por la Providencia para que pudiera recibir el balazo mortal. Quizá hasta tuvo tiempo de pensar que se le hizo morir “con chiste”. Casi como García

⁶² Murió el 18 de febrero de 1935. Este joven trabajaba en su despacho de abogados.

⁶³ “Apuntes sobre el Lic. Salvador Torres González”, 16.

Moreno. Y digo casi porque aquel fue un asesinato con dedicatoria, y lo de Torres González, visto desde una mirada secularizada, que sin duda es disonante con la narrativa cuidadosamente construida hasta aquí, solo se puede ver como estar en el lugar y momento adecuados para que una bala perdida lo fulminara.

Todo aspirante a mártir que tiende a pensar que serán escuchados sus deseos presupone que su Dios proveerá a sus futuros asesinos.⁶⁴ Para estos últimos no hay casi lugar propio, solo aquel de vivir arrepentidos, de ahorcarse o... Otra de las cosas significativas que presuponen algunos futuros mártires es que su muerte provocará los frutos que se imaginan,⁶⁵ es decir, que a la imagen de Cristo pretenden controlar el futuro y no parecen sospechar que esta será administrada por quién sabe quiénes. En el caso de Salvador Torres, ya sabemos quiénes utilizaron el capital simbólico engendrado con su muerte. Si Salvador Torres creyó morir por la libertad de cátedra, en realidad murió para ayudar a consolidar a una sociedad reservada/ secreta violenta: los llamados tecos, y a un tipo de libertad de cátedra que solo era libre para aquellos que se adecuaban a la ideología propugnada por quienes postulaban el complot mundial judeo-masónico y comunista.

Moraleja: las razones para morir no necesariamente se adecuan a sus efectos deseables, ni tampoco basta postular razones que se creen justas para que toda muerte que se inviste como heroica lo sea en la realidad, ni que a priori se justifique. Como lo

⁶⁴ Comenzando por Cristo, que al parecer no deseaba tanto su muerte, pero que además necesitó a un Judas que informara en dónde se encontraba cuando, por otra parte, no se ocultaba. Ahora bien, el de Cristo es un caso singular de martirio porque, en todo caso, murió por obediencia a su padre para que se cumplieran las escrituras. Pero solo murió por un tiempo corto, sabiendo que resucitaría, lo cual no coincide con los presupuestos más ortodoxos de lo que la Iglesia católica, ahora bien cimentada, considera un martirio como se debe.

⁶⁵ Esta aspiración no solo vale para los mártires, sino para diferentes tipos de revolucionarios.

dice sin eufemismos Oscar Wilde: "una cosa no es necesariamente verdadera porque un hombre haya muerto para realizarla".⁶⁶ En todo caso, el panteón de los mártires católicos en México tiene al menos dos vertientes: aquella de los oficiales y aquella otra de los oficiosos. En la de los oficiosos entran un conjunto heterogéneo de personas que va desde Luis Segura Vilchis, el asesino fallido de Álvaro Obregón, y José de León Toral, asesino efectivo del citado político, pero también pueden entrar individuos como Salvador Torres, etcétera.

En el oficial, previa limpieza de pólvora, entran individuos como Anacleto González Flores que, sin disparar un solo tiro, apoyó hacia el final de su vida la lucha armada, o uno de sus lugartenientes: Miguel Gómez Loza, gobernador cristero de Los Altos, que sí disparó; o Luis Padilla, que contribuyó a llevar parque a los cristeros; o Miguel A. Pro, que animó a aquellos que lo hacían. Y qué decir de monseñor Luis María Martínez al que nadie fusiló, pero...⁶⁷

Estos mártires y complotistas que vengo de citar han servido para obturar la participación efectiva del clero en el conflicto armado y también en la cuestión de las sociedades secretas, entre otras cuestiones. Pero el asesinato de Salvador Torres, como señalé, sirvió para consolidar una leyenda heroica que incluso ayudó a silenciar años después asesinatos perpetrados por

⁶⁶ Umberto ECO, *A hombros de gigantes*, (Barcelona: Lumen, 2010).

⁶⁷ Véase Fernando M. GONZÁLEZ, "Los mártires de la Cristiana. Cuando la pólvora desaparece", *Revista de la Universidad de México*, núm. 156, (2017): 27-38. También el citado de Luis María Martínez que, sin ser mártir, fue un personaje muy importante no solo en la precristiada, sino en la poscristiada. Como adelanté, Martínez fue preclaro fundador de la sociedad secreta más importante de la mitad de la segunda y tercera décadas del siglo XX, así como asesor oficioso de otra asociación fundada a mediados de la cuarta década, denominada los Conejos y, además, fue delegado apostólico y arzobispo de México. En su caso, lo que podríamos denominar como operación "lavado de pólvora" tiene su singularidad dado su efectivo y contundente pero discreto lugar en la Cristiada y en la "conejiada".

algunos miembros de la sociedad secreta más pública de Guadalajara. Los usos y abusos de la muerte ajena son impagables en manos de quienes el escritor Javier Cercas denomina como los “canallas de las buenas causas”.

Adivino que pudo haber sido complicado para la familia Torres González tener como miembro a alguien considerado como un mártir, pero se constata también que fue un timbre de orgullo. En el primer caso, se les “impuso” un tipo de relato que solo podía hablar bien del mártir y, por lo tanto, en el remoto caso de que un miembro de la familia tuviera la tentación de hacer una crítica que abollara un poco tanta ejemplaridad acumulada, tenía que pensarlo dos veces antes de decirla. Esta situación ocasionó que todos los demás tendieran a cuadrarse a la alta valoración otorgada a su familiar.

Una vez que el asesinato fue consumado, la narrativa que se imponía era, como aludí, jugar al futuro anterior tratando de establecer una línea de continuidad sin fallas —o con levísimos señalamientos acerca de sus pequeñas desobediencias de niño— que de alguna manera predijera la ejemplaridad que lo habitaba casi desde su nacimiento. Se trató de adecuar dicha narrativa en futuro anterior a una perspectiva en la cual casi se predijera lo que sucedería años más tarde. A partir de ello, la familia quizá tuvo que resignarse a vivir, sea como exaltadores del hermano mártir para tratar de invisibilizar en lo posible sus vidas “sin chiste”, o a que otro de sus miembros lograra colocarse en otra posición privilegiada por el catolicismo, por ejemplo, aquella de monja. Para este último caso, la familia pudo acoger a la ya citada hermana de Salvador, Lola, como monja de las madres reparadoras. Leamos ahora una breve muestra de cómo dicha hermana alude a su “vocación” ese 3 de marzo cuando asesinaron a su hermano.

Vete con las muchachas, me dijo Salvador, yo me voy atrás con los hombres. Al llegar a Catedral, empezó la balacera, todo el mundo

trató de ponerse a salvo y sin querer, la multitud me arrastró. [...] En aquel momento me di perfecta cuenta de la situación pensé: ¿de modo que me voy a estar aquí como manso cordero? [...] o monja o mártir.⁶⁸

Solo le alcanzó para ser monja. Quizás esta manera de entender las cosas de mi parte no sea la correcta en su caso. Por ejemplo, se puede considerar que se pudo plantear ambas posibilidades como si fueran equivalentes. No lo descarto. Sin embargo, en la bolsa de valores de la espiritualidad católica de esa época —y aun de la actual—, el ser monja no pone automáticamente en pista hacia la santidad. En cambio, al considerado como mártir sí lo hace en muchos casos. Pero es de tomar en cuenta que en dicha bolsa de ejemplaridad el tercer puesto más valorado por este tipo de familias católicas de esa época era el de monja. El segundo, obviamente, era el de sacerdote. Y luego vienen aquellos otros miembros de la familia a los que el Señor no les concedió el “algo más” y que tendrían una vida “sin chiste”, pero al menos podrían decir: “soy el hermano(a) del mártir, del sacerdote o de la monja”.

En el caso de la hermana Lola, será ella quien sostendrá el relato más legitimado del martirio de su hermano, y quien recabará la información pertinente al respecto y, eventualmente, podrá ser la mediadora post mortem para presentar su caso a los fabricantes profesionales de beatos y santos en su Iglesia. Sin embargo, hasta ahora, no ha sido introducida su causa. Solo apareció su nombre en una larga lista de posibles candidatos cuando la Iglesia católica mexicana, una vez que el jesuita Miguel A. Pro fuera aceptado como beato en 1988, se dio a la tarea de introducir otras causas del periodo cristero.

En síntesis, Salvador Torres González, dentro de las posibilidades que otorga el martirio cristiano, se distingue por dos

⁶⁸ “Apuntes sobre el Lic. Salvador Torres González”, 19.

aspectos: se trató de un “mártir” “extemporáneo” y de alguien que quiso ser asesinado de una manera tal que lo hiciera vivir una muerte “con chiste”. Dudo que en las categorías que se han reseñado hasta ahora respecto al martirio se haya trabajado este aspecto que le da un giro a la seriedad con la que enfrentan su muerte la mayoría de los que pretendían dar su vida por Cristo en la época que analizo. No murió peleando contra el enemigo, tampoco fue fusilado, solo recibió una bala perdida en una manifestación de protesta. Además, quienes se apropiaron de su muerte no lo integraron a las mártires de la Cristiada, sino la específica manera de entender la libertad de cátedra, los fundadores de la Universidad Autónoma de Guadalajara y su sociedad secreta, que concibió dicha libertad de manera muy selectiva.

Posdata: la Universidad Autónoma de Guadalajara sigue celebrando puntualmente cada año la muerte de sus “mártires” mezclando simbólicamente la sangre de sus tres San Genaro sin ningún titubeo. Así, por ejemplo, en 2019, al celebrar los 84 años de lo que describen como su gesta heroica, vemos a las autoridades y alumnos de la UAG, ante la tumba de Salvador Torres, rindiéndole un homenaje en el panteón de Mezquitán. En el aniversario 85 vuelven a hablar sobre cómo se la jugaron por la “Libertad de Cátedra” y la “Autonomía Universitaria”. Y ahora, en 2021, escriben cómo se formó la “primera universidad particular en México, gracias a un grupo de jóvenes encabezados por Carlos Cuesta Gallardo, Antonio y Ángel Leño Álvarez del Castillo, quienes desafiaron la educación socialista”. En este punto no mienten, pero sí en lo que siguió cuando implementaron su restrictiva y hemipléjica libertad de cátedra y una universidad amparada en una sociedad secreta-reservada y violenta.

Termino este texto con la cita de una frase paradigmática del western de John Ford, *El hombre que mató a Liberty Valance*: “Cuando la leyenda se convierte en un hecho, imprime la leyenda”, excepto si pretendes ser historiador.